

834

FM 13290

1246 C/14

HOMENAJE

EN MEMORIA DEL INSIGNE ESCRITOR
MADRILEÑISTA Y BIBLIOTECARIO DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

D. Carlos Cambronero Martínez

CON MOTIVO DEL PRIMER CEN-
TENARIO DE SU NACIMIENTO

SOLEMNE SESIÓN CELEBRADA, POR INICIATIVA DE LA
REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS
DEL PAÍS Y PATROCINADA POR EL EXCELENTÍSIMO
AYUNTAMIENTO, EN EL SALÓN DE TAPICES DE LA
CORPORACIÓN MUNICIPAL, EL 14 DE FEBRERO DE 1950



MADRID 1951

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES
SECCIÓN DE CULTURA E INFORMACIÓN

HOMENAJE

EN MEMORIA DEL TERCER REGENTE
MADRID 1914 Y 1915 DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

A Carlos Cambronero

Por el Sr. D. Carlos Cambronero

HOMENAJE

A

D. CARLOS CAMBRONERO

HOMENAJE
A
D. CARLOS CAMBRONERO

HOMENAJE

EN MEMORIA DEL INSIGNE ESCRITOR
MADRILEÑISTA Y BIBLIOTECARIO DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

D. Carlos Cambronero Martínez

CON MOTIVO DEL PRIMER CEN-
TENARIO DE SU NACIMIENTO

SOLEMNE SESIÓN CELEBRADA, POR INICIATIVA DE LA
REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS
DEL PAÍS Y PATROCINADA POR EL EXCELENTÍSIMO
AYUNTAMIENTO, EN EL SALÓN DE TAPICES DE LA
CORPORACIÓN MUNICIPAL, EL 14 DE FEBRERO DE 1950



MADRID 1951

ARTES GRAFICAS MUNICIPALES
SECCIÓN DE CULTURA E INFORMACIÓN

HOMENAJE

EN MEMORIA DEL INSIGNE ESCRITOR
MADRILENISTA Y BIBLIOTECARIO DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

D. Carlos Camporredondo Martínez

CON MOTIVO DEL PRIMER CEN-
TENARIO DE SU NACIMIENTO

SOLEMNE SESIÓN CEBADA, POR DECISION DE LA
REAL SOCIEDAD ECONOMICA MADRILENSE DE AMIGOS
DEL PAIS Y PATROCINADA POR EL HACIENDERO
AYUNTAMIENTO DE EL VALOR DE TANTO DE LA
CORPORACION MUNICIPAL, EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1921



ANTES GRATICAS MUNICIPALES
SECCION DE CULTURA E INFORMACION



MADRID 1921

Ayuntamiento de Madrid

R / 135.643

El acto se celebró bajo la presidencia del ilustrísimo señor Teniente de Alcalde y Presidente de la Comisión Municipal de Cultura, **D. Tomás Gistau Mazzantini**, con arreglo al siguiente programa:

OFRECIMIENTO DEL HOMENAJE, por el ilustrísimo señor D. Mariano Barber Sánchez, Presidente de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

POEMA FAMILIAR DE LOS ROMÁNTICOS CAMBRONEROS, por el ilustrísimo señor D. Mariano Rodríguez de Rivas, Director del Museo Romántico y Cronista de Villa.

¡AQUELLOS MADRILES!, por el ilustrísimo señor D. Luis Mesonero Romanos y Barrón, ex Concejal del Ayuntamiento de Madrid y nieto del ilustre Cronista madrileño del mismo apellido.

ROMANCE DEL BUEN MADRILEÑO, por el renombrado poeta don Guillermo Fernández Shaw.

LOS TIEMPOS DE CARLOS CAMBRONERO, por el ilustrísimo señor D. Luis Araújo-Costa.

EN MEMORIA DE CAMBRONERO, por el ilustrísimo señor D. Antonio Velasco Zazo, Decano de los Cronistas de Villa.

UN PERFIL DE CAMBRONERO, por el excelentísimo señor don Armando Cotarelo, de la Real Academia Española.

EXPRESIÓN DE GRATITUD, por el hijo del insigne Cronista, ilustrísimo señor D. Luis Cambronero. Antigüedad de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, de Málaga.

El acto se celebró bajo la presidencia del ilustrísimo señor Teniente de Alcalde y Presidente de la Comisión Municipal de Cultura, D. Tomás Gistau Massanet, con arreglo al siguiente programa:

ORACIONES DEL HOMENAJE, por el ilustrísimo señor D. Mariano Barber Sánchez, Presidente de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

POEMA FAMILIAR DE LOS ROMANTICOS CAMBRONEROS, por el ilustrísimo señor D. Mariano Rodríguez de Rivas, Director del Museo Romántico y Cronista de Villa.

AGUCELLOS MADRILES!, por el ilustrísimo señor D. Luis Mesonero Romanos y Barón, ex Concejal del Ayuntamiento de Madrid y nieto del ilustre Cronista madrileño del mismo apellido.

ROMANCE DEL BUEN MADRILEÑO, por el renombrado poeta don Guillermo Fernández Shaw.

LOS TIEMPOS DE CARLOS CAMBRONERO, por el ilustrísimo señor D. Luis Arrijo-Costa.

EN MEMORIA DE CAMBRONERO, por el ilustrísimo señor D. Antonio Velasco Xazo, Decano de los Cronistas de Villa.

UN PEREJE DE CAMBRONERO, por el excelentísimo señor don Armando Cotarelo, de la Real Academia Española.

EXPRESIÓN DE GRATITUD, por el hijo del insigne Cronista, ilustrísimo señor D. Luis Cambronero, Antiguado de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, de Málaga.

Ofrecimiento del homenaje

Por el Presidente de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, ilustrísimo señor
D. MARIANO BARBER SÁNCHEZ.

Dignísima Presidencia, excelentísimos e ilustrísimos señores, señoras, señores: La Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, que me honro en presidir, viene realizando, desde la gloriosa Liberación, una perseverante labor de elogio y enaltecimiento de españoles beneméritos que pasaron a la Historia con una aureola de respetos y merecidas admiraciones.

Y así, han sido muy numerosos los actos conmemorativos de centenarios y de índole parecida que, en la medida de nuestros modestos medios, no siempre en consonancia con nuestros elevados propósitos, se han celebrado, rindiéndose desde nuestra antañona tribuna fervorosos y cálidos homenajes a españoles meritísimos. Reciente está el que al inaugurar el presente curso académico dedicamos al gran poeta de la Orden Calasancia padre Arolas.

Entendemos que la Económica Matritense, en la que actuamos incesantemente en función de servicio a España, no sólo como amigos del país, sino como hijos amantísimos de nuestra querida y venerable Patria, tiene, entre otros cauces, para realizar ese servicio, el de enaltecer y poner de relieve vidas y conductas de aquellos esclarecidos varones que se destacaron por su talento y grandes virtudes ciudadanas.

Respondiendo a estos convencimientos, acogimos e hicimos nuestra la iniciativa de organizar un solemne acto dedicado a conmemorar el primer centenario del gran escritor madrileñista D. Carlos Cambroneró Martínez.

Mas comoquiera que los méritos más sobresalientes de Cam-

bronero están íntimamente ligados con la vida cultural del Municipio de Madrid, ya que tan excelente labor realizó, dando una adecuada organización a su Biblioteca y al historiar tantos y tantos episodios de la vida madrileña en diversas publicaciones, entre las que descuella la titulada *Las calles de Madrid*, que escribió en colaboración con D. Hilario Peñasco, obra que fué publicada a expensas del Ayuntamiento, entendimos que el lugar adecuado para rendir a Cambronero este homenaje era la Casa Consistorial, eran los salones del Ayuntamiento de Madrid.

Al reconocerlo así la Económica Matritense, y ceder en su propósito de celebrarlo en la histórica casa de la Torre de los Lujanes, estima que todavía puede adjudicarse un señalado honor participando en la preparación y celebración de este acto.

Son muy de agradecer las facilidades otorgadas para ello por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, y muy especialmente por la Comisión de Cultura, que tan dignamente preside el ilustrísimo señor Teniente de Alcalde D. Tomás Gistau Mazzantini.

Igualmente son acreedores a nuestra gratitud los señores Rodríguez de Rivas, Cronista de Villa; el ex Concejal señor Mesonero Romanos, el señor Fernández Shaw, ilustre comediógrafo y poeta; el señor Araújo-Costa, notabilísimo publicista; el señor Velasco Zazo, Decano de los Cronistas de Madrid, y el señor Cotarelo, miembro de la Real Academia Española. Estas ilustres personas se dispusieron, con amable gentileza, a participar en el homenaje.

Tan valiosas colaboraciones vienen a relevarme a mí del intento de enumerar y ensalzar los merecimientos de D. Carlos Cambronero. Sus voces, más autorizadas que la mía, harán la debida justicia a la memoria del escritor madrileñista.

Por tanto, réstame tan sólo insistir en la fervorosa adhesión a este homenaje de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, y elevar hasta el Altísimo la súplica de que en sus misericordiosos designios haya otorgado a aquel culto y brillante historiador de la Villa de Madrid un lugar en las elevadas regiones reservadas para los merecedores de la eterna bienaventuranza.

Poema familiar de los románticos Cambroneros

Por el ilustrísimo señor D. MARIA-
NO RODRÍGUEZ DE RIVAS, Director
del Museo Romántico y Cronista de
Villa.

¡Qué tristemente larga esta vaga luz que se desmaya sobre las viejas carpetas! En nuestras manos palpita, como pájaro apresado, el tiempo transcurrido: venturas y desventuras que hoy son nada, ni ceniza tan siquiera.

En la casona romántica de los Cambroneros hanse sucedido los avatares más difíciles. La luz rayada en la primavera de las persianas; el olor refrescante del suelo en la tarde veraniega, regado con agua y vinagre..., agua y vinagre también del bautismo de sus vidas.

De esta carpeta mía, de mi romanticismo portátil, que va y viene conmigo, extraigo el retrato de D. Manuel María de Cambronero, abogado de la Villa y Corte. Su frac elegante, su venera de la Orden de Isabel la Católica, su gesto sereno de hombre de espalda derecha y su rostro todo humano, humanísimo. En la pared, un bajo relieve proclama el perfil de Marco Tulio Cicerón, que vigila a este consecuente suyo, a este orador romántico que sublima los períodos, los enciende, y logra que las finas y brillantes chisteras románticas se flameen, se lancen al aire como signo de su triunfo.

Los guantes blancos quedan sobre la mesa Imperio, dejando en sus arrugas un dejo de calentura, de venas alteradas, de pasiones españolas.

Este D. Manuel María ha sido todo y nada; quiero decir que ha tenido que callar lo que ha sido..., pues ha sido Secretario de Estado con el Rey Don José Bonaparte. ¡Pero silencio! El ha luchado con su expediente de purificación, y ha logrado, tras unos años de sinsabores, rehacerse. En esta lámina se dice en letra inglesa: «Del Consejo de Su Majestad en el Consejo Supremo de Hacienda.» La lámina está firmada por el pintor y caballero académico y erudito y coleccionista Valentín Carderera. Y está litografiada por el italiano Cayetano Palmaroli, padre de Vicente, el magnífico pintor.

Este hombre de mi vieja carpeta, este ser planchado, laminado en la estampa romántica, tuvo alta posición social, y luchó, sin embargo, con la existencia a brazo partido. ¿No podría hacer suyo el lema heráldico que dice: «Calla, pero recuerda»? Su frente está habitada, sobrehabitada por fantasmas y por seres de carne y hueso que hoy son también fantasmas, inapelables fantasmas, con sus manos frías, y ahora están en sus fríos domicilios de las Sacramentales, al otro lado del río...

Esta otra lámina es ella: su retrato está hecho por el Duque de Veragua. Es una lámina salvada de los avatares, de las quemaduras en las chimeneas familiares..., incendiada en el mundo de los celos, que acaba con las cartas de amor y que hizo arder los débiles guardapelos románticos. Es María, María de los Dolores, María de los Dolores García de Cambrónero... Su nombre es fugaz, en un rauda vuelo de gracias femeninas, de horas sin explicación, cerca y lejos de los rumores románticos. Figura erigida en el paseo del Prado, chal romántico sobre los hombros de piel nacarada en los días de otoño, sombrilla blanca de encajes y borlas de seda para la primavera coquetona.

¡Qué bella está María de los Dolores, con nombre de romance que evoca la bella señora romántica de los pacientes bordados, de la reja con geranios, y en cuya mano fina se ofrece la bandejita de plata con dulces y yemas de San Leandro, repos-

tería de convento, obsequio en la tarde madrileña y exangüe del 1830!

Sobre tantas cosas, el óxido de la vida, la renuncia, el corti-
nón que oculta la comedia humana: ¡horror! Eso fué la vida que
pasa... La que cuenta, en definitiva. Después, su sobrino segun-
do, el gran escritor madrileño Carlos Cambronero, que hoy por
hoy, en estos ateridos días del Romanticismo, es sombra de su
sombra, narrará la vieja crónica.

Hablen ustedes, amigos, pues representan títulos de justicia
del admirado D. Carlos Cambronero. Yo he puesto en manus-
crito esta galería romántica de los otros Cambroneros, extravia-
dos en el cielo de las nostalgias, nombrados ahora por mí entre
suspiros y sonrisas, en el estremecimiento de unos huesos ro-
mánticos, junto a los que yo coloco mi corona de siemprevivas.

Señoras y señores: Cediendo a muy honrosos y necesarios
requerimientos de los familiares de D. Carlos Cambronero, in-
tervengo en éste homenaje, con gusto y satisfacción, a la memoria
de aquel ilustre madrileño.

Además de esos deberes de amistad, impulsados por la
circunstancia de ser yo nieto de su abuelo, en el cargo de
Cronista de la Villa, D. Ramón de Mesonero Romanos.

Yo, que me honro con la amistad de Cambronero, como hoy
me honro con la de sus hijos, recuerdo a aquel hombre, tan
diligente, inteligente, trabajador de notas y apuntes ma-
drileños, escritor brillantísimo, y puedo dar fe de que poseyó
tantas relevantes dotes espirituales, tal vez por encima de todas
ellas descollaba - al igual que en Mesonero Romanos - una
altura «no se lleva», valga el modismo, cual es la modestia.

Modesto en su continente, callado en su cotidianidad y terribis-
ma labor, allá en el Archivo y en la Biblioteca municipales, y de
ello puedo dar testimonio por haber sido yo Cronista en aquellos

¡Aquellos Madriles!

Por el ilustrísimo señor D. LUIS MESONERO ROMANOS Y BARRÓN, ex Concejal del Ayuntamiento de Madrid y nieto del ilustre Cronista madrileño del mismo apellido.

Trabajo leído, en su ausencia, por el ingeniero industrial D. CARLOS CAMBRONERO MARTÍNEZ, nieto del Cronista del mismo nombre y apellidos a quien se dedica este homenaje.

Señoras y señores: Cediendo a muy insistentes y cariñosos requerimientos de los familiares de D. Carlos Cambronero, intervengo en este homenaje, tan justo y merecido, a la memoria de aquel ilustre madrileño.

Además de esos deberes de amistad, impulsa mi actuación la circunstancia de ser yo nieto de su antecesor en el cargo de Cronista de la Villa, D. Ramón de Mesonero Romanos.

Yo, que me honré con la amistad de Cambronero, como hoy me honro con la de sus hijos, recuerdo a aquel hombre, trabajador infatigable, inteligente rebuscador de notas y apuntes madrileños, escritor brillantísimo, y puedo dar fe de que, poseyendo tantas relevantes dotes espirituales, tal vez por encima de todas ellas descollaba—al igual que en Mesonero Romanos—una, que ahora «no se lleva», valga el modismo, cual es la modestia.

Modesto en su continente, callado en su cotidiana y fertilísima labor, allá en el Archivo y en la Biblioteca municipales, y de ello puedo dar testimonio por haber sido yo Concejal en aquellos

tiempos, iba el bueno—antes la bondad en todas sus facetas era elogiada—, iba el bueno de D. Carlos, repito, jalonando con su fructífero trabajo la ardua tarea a su cargo encomendada.

Paralelamente a ella, escribió, entre otros, varios volúmenes de muy positivos méritos: *Isabel II, íntima*; *Las Cortes de la Revolución*, *Crónicas del tiempo de Isabel II*; todos ellos estudios acabadísimos de la época, y en colaboración con D. Hilario Peñasco, el titulado *Las calles de Madrid*, muy interesante historial de las rúas madrileñas.

Si *El Curioso Parlante* y aun el propio Cambronero, con ser éste muy posterior a aquél, revivieran para gala de las letras patrias, a buen seguro que hubieran menester de algún psicólogo mentor que les guiara por este su Madrid, tan cambiado radicalmente en todos sus aspectos.

Lógico es que al pasar del tiempo y al compás de las exigencias del crecimiento de su población, el pueblo, en sí, se haya transformado urbanísticamente, y de día en día, o quizá más bien de hora en hora, surjan nuevas barriadas, en las que, por desdicha, reina como monarca absoluto su majestad el cemento, y en las que se da al olvido todo estilo arquitectónico clásico, de que tan rico era Madrid, como hoy es pródigo en grandes avenidas y rascacielos.

Pero lo que a Mesonero Romanos y a Cambronero, en ese supuesto de su nueva vida terrena—y aquí encaja lo de la precisa psicología de su cicerone—, habría de excitar hasta lo inconcebible su espíritu, tan profundamente madrileño, y por ende, español, ya que de pintores de costumbres se trata, sería el conocer que entre una gran parte de nuestra «buena sociedad», «buena», en algunos casos, por la sarcástica bondad que da el dinero, los santos nombres de Padre y Madre habían sido sustituidos pintorescamente por los de *Papi* y *Mamuchi*; que nuestras Margaritas, Mercedes, Consuelos y tantos más patronímicos femeninos, tan netamente nuestros, son hoy *Margot*, *Merche*, *Chelo*, *Pochola* y *Chuchy*, entre otros varios; que nuestras muchachas «bien» viven «su vida» y no la de sus madres, como antaño; que las madres, o sus *Mamuchis*, no menos «bien», hacen,

en cambio, la vida de sus hijas; que unas y otras son apasionadas por el fútbol y la lucha libre; que la «fiesta nacional», desdeñada por aquéllas, está en franco declive; que los clásicos cafés madrileños, ya casi desaparecidos, han sido sustituidos por las llamadas *boîtes*, donde se baila a toda hora a los inarmónicos sonos de unos ruidos horrísonos, importados de las selvas africanas, y se consumen «combinados», «cock-tails» y «whisky»; que el chotis, castizo y verbenero, y el vals, cadencioso y señorial, son músicas exóticas; que ni la *Casta*, ni la *Susana*, ni la *Mari-Pepa*, ni sus compañeras de trabajo—¡oh veneradas memorias de López Silva, Fernández Shaw, Arniches, Vega y Casero!—cubren ya sus cuerpos juncuales con el mantón de flecos, sino que los ocultan bajo decorativos abrigos de pieles de carnero, más o menos *dorés*; que el *Julión* y el *Felipe*, y tantos otros de su esfera, dejaron la «pañosa» y se dieron a la gabardina con trabilla; que..., pero ¿a qué seguir?, ya que la enumeración sería inacabable.

Al finalizar estas cuartillas, recuerdo emocionado que, como Teniente de Alcalde, y en representación del Alcalde, de tan grata memoria, señor Vizconde de Eza, tuve el honor de presidir, en unión de sus hijos, el entierro de D. Carlos, allá por el año 1913; y termino.

Bastante he molestado ya vuestra atención, deseosa de escuchar a las personalidades que intervienen en este acto, relevantes por méritos propios, y no como yo—mísero de mí—, por el sólo hecho, y a título de ser «nieto»; yo, que ya podría ser abuelo.

de la construcción, del lujo,
del traje, del movimiento,
se rodea de bellezas,
se emborracha de progreso,
y cuando se ve mimado
por la fama, satisfecho
de sus calles y sus gentes,
tiende los brazos abiertos
a otros nobles vecindarios
que antes lo veían lejano.

Romance del buen madrileño

Por el renombrado poeta y autor
dramático D. GUILLERMO FERNÁN-
DEZ SHAW.

«Madrid, castillo famoso,
que al rey moro alivia el miedo...»
Si Moratín levantara
la cabeza, ¡qué conceptos,
qué observaciones sutiles
y qué acerados consejos
los que ensartara, afanoso,
mirando el Madrid moderno!
Madrid, castillo famoso,
pueblo después, villa luego,
Corte más tarde, se engríe
de sí mismo, siente el vértigo
de la construcción, del lujo,
del trajín, del movimiento;
se rodea de bellezas,
se emborracha de progreso,
y cuando se ve mimado
por la Fama, satisfecho
de sus calles y sus gentes,
tiende los brazos abiertos
a otros nobles vecindarios
que antes lo veían lejos;

los hace suyos, los mima
como se mima a unos nietos,
y es ya la ciudad hermosa
sin mengua de su gracejo:
¡es la gran urbe moderna
que sabe envolverse el cuerpo
de reina, madre y señora,
con un pañolón de flecos!

Heraldos de su grandeza,
de su donaire voceros,
narradores de su historia
y guardas de sus secretos,
son sus devotos; los fieles
amigos del Madrid viejo,
sabedores de leyendas
no menos que de sucesos,
poetas de muchos lances
que fué embelleciendo el tiempo,
amantes de sus rincones
tanto como de sus templos,
fustigadores de vicios,
encomiadores de méritos,
loadores de virtudes
y críticos de defectos,
que han ido poquito a poco,
con pulso firme y sereno,
dando a Madrid y a su historia
contorno, vida y acento.
Por ellos—por los que hoy son—,
por ellos—por los que fueron—,
Madrid tiene contraído
el deber de su recuerdo.

Son sus amigos, los suyos,
sus guías y sus maestros,
los que han ido, poco a poco,
dando espíritu a su pueblo.

* * *

Madrid, siglo diecinueve.
Lo oscuro y lo pintoresco,
lo oficial y lo privado,
lo patricio y lo plebeyo,
van inspirando la pluma
de don Ramón Mesonero.
Tipos, lugares, costumbres,
han encontrado su espejo;
pero no basta: el cariño
del ilustre madrileño
dicta censuras, propone
reformas y reglamentos,
y hace, en resumen, escuela
de madrileñistas netos:
Azcona, Amador, Peñasco,
Sepúlveda, Cambronero...
¡Carlos Cambronero! ¡Llama
viva y brillante del fuego
que don Ramón, siempre joven,
iba prendiendo en los pechos!
De él heredó el entusiasmo,
tras él embocó el sendero
del buen amor a los bienes
y males de nuestro pueblo.
Si otros, oyendo sus dichos,
interpretaron su ingenio,
él, ahondando en su pasado,
investigando sus hechos,

resucitando papeles
y aclarando documentos,
dió palpitación de vida
a muchos cuadros pretéritos.
¡Madrid le pidió su alma,
y él se la dió por entero!
¿Qué mucho que hoy, cuando el siglo
corrió de su nacimiento,
con chispas de nuestras almas
que encienden nuestros recuerdos,
rindamos cordial tributo
de cariño a Cambronero?

* * *

No cabe dudar: la historia
de Madrid era su sueño;
sueño de amante poeta,
de esta historia prisionero.
Para vivirla, gustaba
de solitarios paseos:
la Morería, la Cuesta
de la Vega, los Mancebos,
San Andrés... ¿Cómo faltar
el quince de mayo al templo
de San Andrés, y allí mismo,
ante los sagrados restos
de San Isidro, dejar
de elevar el pensamiento
rezando al Santo Patrón
con el fervor más sincero?
¿Y el dos de mayo? ¿Quién deja
de presenciar el festejo?
Misa, discursos, coronas,
marchas, desfiles guerreros...

Allí estaba el patriota;
¡siempre allí!, firme en su puesto,
dando la guardia de honor
al heroísmo del pueblo.
Ni política, ni ausencias:
¡que no le hablaran de eso!
En Madrid, en el rincón
de su libros, impertérito,
cuanto de él se pretendiera,
siempre le hallaba dispuesto;
pero que no se le hablara
de salir al extranjero
por mucho que le ofreciesen,
porque él, sencillo y honesto,
si a Madrid le dió su vida
sin trampas ni regateos,
¡a Madrid también había
de darle su último aliento!
Y así fué, bajo la bruma,
etérea y gris, de un invierno,
que envolvió amorosamente
con su capa a Cambronero.

* * *

Cronistas de Madrid, fieles
testigos de su progreso;
de aquellos hombres ilustres
sucesores y herederos:
con vuestra labor diaria,
con vuestro presente esfuerzo,
seguís la insigne tarea
de impulsar con firme aliento
cuanto de bello y hermoso,
cuanto de práctico y cuerdo,
se realiza en sucesivas
superaciones de acierto.

Pero si el error apunta,
si un mal precisa remedio,
¡qué grave misión entonces!,
¡qué percepción del momento,
del hecho y la consecuencia,
de la causa y el efecto!
Por eso, por vuestro doble
deber para con el pueblo,
Madrid os guarda un constante,
cordial agradecimiento.
Es la herencia que os legaran
—deber, voluntad y premio—
los Mesonero Romanos
y los Carlos Cambronero.
¡Honor para los gloriosos
amigos del Madrid viejo!
¡Qué hermoso honrarlos, mirando
que persevera su ejemplo!

Los tiempos de Carlos Cambronero

Por el ilustrísimo señor D. LUIS
ARAÚJO-COSTA.

No he de estudiar la persona en los diferentes aspectos de su actividad, su inteligencia, sus actuaciones en el orden de la cultura. Han correspondido y corresponden esos temas a otras ilustres personalidades que en este acto intervienen. A mí me toca hablar de la época en que vivió Carlos Cambronero, del marco de su figura, de la atmósfera, el clima y el ambiente que da paisaje, perspectiva y nimbo a su existencia y a su ser. Una gran parte de lo que ha sido esa época hállase retratada en sus obras; y el mundo teatral, social y político, objeto de sus trabajos, es el que vió con sus ojos y pudo observar con plena conciencia de lo que todo aquello representaba.

Son los años románticos. Triunfan en la escena García Gutiérrez, Zorrilla, Hartzenbusch, y dan con sus piezas dramáticas ocasión de lucimiento a Carlos Latorre, Julián Romea, Matilde Díez, las hermanas Lamadrid... Se caldea el vivir político y se suceden los pronunciamentos. Cuando Cambronero tiene veinte años, en 1869, se pronuncian en las Cortes muy notables discursos por los oradores parlamentarios, que van estudiados en los libros respectivos de Cañamaque y D. Miguel Moya. Ante el Archivero erudito desfilan acontecimientos de relieve y sucesos de

los que interesan al costumbrismo y no a las síntesis generales de una determinada historia nacional. Presencia Cambronero en su juventud el asesinato del general Prim, la entrada en Madrid de Don Amadeo de Saboya y su efímero reinado, la primera República española, la Restauración de Don Alfonso XII y la era de tranquilidad que Cánovas nos regaló y pudimos disfrutar hasta ya muy entrado el siglo xx, después de muerto Carlos Cambronero, en 1913. Se ha dicho, con razón, que el xix, a pesar de las fechas, no termina en sus caracteres determinantes hasta la guerra del 14, que Cambronero no alcanzó. Hombre de su época, a cuyo conocimiento dedicó sus observaciones, sus actividades y su labor literaria, no es posible separar a Carlos Cambronero de lo que fué España y lo que fué Madrid entre el año de su nacimiento, 1849, y el de su óbito, en los preludios de la primera guerra mundial. Cambronero es un erudito y un costumbrista. El Madrid de Galdós se refleja en sus crónicas, y con sus amigos Eusebio Blasco, Eduardo de Lustonó, Manuel del Palacio, Juan Pérez Zúñiga, Tomás Luceño y muchos otros ingenios peregrinos que salpimentaron la capital de España con su garbo y su chispa, el autor de *Isabel II, íntima*, y *Las calles de Madrid* pasa de los infolios y documentos del Archivo Municipal a la villa retozona y alegre de D. Ramón de la Cruz, a quien él ha estudiado con cariño y competencia; a los barrios castizos de Ricardo de la Vega y López Silva; a las tertulias literarias cafeteriles en la Puerta del Sol y la calle del Arenal; a los saloncillos del Español y de Apolo, donde ocupan lugar de privilegio don José Echegaray y Sinesio Delgado; a las sesiones de Cortes, en las que ponen cátedras de elocuencia carlistas y republicanos, en toda la gama de la ideología política; a las fiestas populares de San Antón, San Isidro y San Antonio de la Florida. De los muchos amigos que comparten con Cambronero las puras esencias de Madrid y el tono de la tradición erudita, acaso sean los más afines a su temperamento y líneas definidoras Felipe Pérez González, el autor de *La Gran Vía*, y D. Tomás Luceño, refundidor de comedias clásicas y sainetero, que lleva la prestancia de taquígrafo del Senado en las patillas y la chistera. Como en Fe-

lipe Pérez y González, hay en Cambronero el hombre de estudio, el técnico de la investigación y el literato en el aire de Zabaleta, Liñán y Verdugo, y andando los tiempos, el autor del *Manolo* y *Las castañeras picadas*, que precede a los contemporáneos y amigos de quien recibe hoy aquí agasajo, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Arniches, López Silva y ese gran D. Tomás, de las patillas blancas, tan burgués, tan senatorial y al mismo tiempo tan fácil en la versificación, tan chispeante en el diálogo, tan ameno en la factura y en los caracteres de sus producciones teatrales madrileñas. Cambronero, sin haber escrito nunca para la escena, o por lo menos sin haber estrenado, es también hombre de teatro, debido a la índole de sus estudios y a las crónicas con que amenizó los periódicos de su tiempo. Sus Memorias, ya con este nombre, ya con alguna otra denominación, siguiendo aquí el ejemplo de otro de sus amigos y correligionarios, don Juan Valero de Tornos, se refieren por lo general al teatro. Sobre la materia ha dejado un libro aun inédito y que fuera útil publicar, como recuerdo de este su primer centenario: es un juicio literario y social de la época que retrata las obras teatrales en la Biblioteca Municipal de Madrid.

Para terminar, y como resumen de lo consignado, diré que la época de Cambronero compendia en su apogeo y en sus resultados las noblezas y también, a veces, las caídas del Romanticismo; rinde sus parias a la erudición amena, en la que descuella coloso D. Marcelino Menéndez y Pelayo; saca del sainete clásico el género chico, y a él contribuyen muchos amigos de Cambronero; populariza canciones de los bufos de Arderfús, con letra de Eusebio Blasco; aprende de memoria a Bécquer y las *Doloras*, de Campoamor; cena en Lhardy, como el personaje de *Los ayacuchos* galdosianos; da patente de valía o inutiliza desde el paraíso del Real a los cantantes de ópera, y aunque ha olvidado ya, por fortuna, los años de los pronunciamientos y las barricadas, siente hervir la sangre dentro de las venas, y forma manifestaciones delirantes después de un estreno triunfal tras el coche que conduce a D. José Echegaray o D. Benito Pérez Galdós.

El de Cambronero es un Madrid que vibra, siente, ama, odia, ríe; opone el chiste a la incomprensión, lee, aprende, estudia, como Joaquín Costa en la Biblioteca del Ateneo, y lucha, en partidos opuestos, ante figuras eminentes y en el común sentir antagónicas: Cánovas y Sagasta, La Fouco y La Guy Stephan, Frascuelo y Lagartijo, Antonio Vico y Rafael Calvo... Hay en todo una gran nobleza, la que caracteriza a Carlos Cambronero y va en sus escritos reflejada.

En memoria de Cambronero

Por el ilustrísimo señor D. ANTONIO VELASCO ZAZO, Decano de los Cronistas de Villa.

Quieren los organizadores del acto que estamos celebrando que unas cuantas palabras, modestas, como mías, figuren en el mismo.

Agradezco la distinción, y ese deseo me honra, tratándose de recordar una figura tan esclarecida como D. Carlos Cambronero, del que por su trabajo, saber y enseñanza huelga todo elogio rebuscado, ya que no lo necesita el que fué excelente empleado municipal y al mismo tiempo buen escritor, de probada laboriosidad y constancia, cuyo mérito mayor era su adoración por la historia matritense, como lo demuestran los pocos, pero valiosos libros que publicó y que merecen toda nuestra consideración.

En esta reunión, que por la calidad de los demás partícipes, y por la tribuna ancestral donde se celebra, tiene honores de sesión especial, es gratísimo para mí no sólo honrar la memoria de un hombre ilustre, sino enaltecer su nombre y sus hechos, repitiendo en público mi admiración y mi simpatía hacia don Carlos Cambronero.

No pretendo hacer un estudio crítico del escritor, porque no tengo condiciones para ello, ni tampoco un trivial panegírico del empleado administrativo, cuyos pormenores desconozco y los cuales exigirían mayor detenimiento. De este segundo

aspecto sí puedo destacar, por ser bien patentes, la honorabilidad y reputación, que como más preciada herencia han recogido sus hijos, aquí presentes. Me limito a leer unas breves cuartillas, inspiradas por la lectura de los trabajos de Cambronero y de la amistad con que me honró, a modo de justo e imperecedero recuerdo de una persona de excepcionales cualidades, cuyo nombre corresponde al del insigne escritor que tanto se desveló trabajando en beneficio de la historia de esta Villa.

Desde un principio, apenas llegado a Madrid, y brillando ya por aquellas cualidades, se destacó del conjunto. No en balde era un hombre inteligente, activo. Su trato resultaba agradable, simpático. La conversación, atractiva, demostrando prontamente gran ilustración y cultura al relatar cosas y sucedidos con una amenidad y gracejo peculiares.

Por ser demasiado modesto, se asesoró siempre de escritores especializados, y dió comienzo a aquellos trabajos histórico-matritenses, revestidos de un carácter singular, en los que, a medida que se leen una y otra vez, se encuentra mayor interés, sobre un fondo de gran ilustración y cultura, evocando días pasados y haciendo pensar en la estima con que fueron entonces acogidos, convirtiéndose más tarde en los libros agotados prontamente, sin que hasta la fecha, por honda y lamentable equivocación de los editores, se hayan repetido sus ediciones, lo cual los hace ser, como otros análogos, si no más leídos, sí más apreciados conforme transcurre el tiempo.

Los trabajos a que estoy refiriéndome eran escritos no a la ligera y de memoria, sino bien meditados, con profundo estudio, y por eso, ahora los libros en que se recopilaron son libros de consulta, porque en sus páginas encontramos datos útiles para la investigación que se persigue.

Débase esto, principalmente, a que Cambronero, como empleado municipal, cumpliendo con los deberes que el cargo le imponía, celoso de su cometido, y laborando siempre con cariño y entusiasmo, tuvo la fortuna de poder apartarse del ajetreo burocrático de los Negociados y trabajar a gusto en el ambiente

sereno y recoleto de la Biblioteca, sustituyendo como Director de la misma, en el año 1882, a D. Ramón de Mesonero Romanos.

Al lado del preclaro escritor y primer Cronista oficial de Madrid, de cuya amenidad se contagió no poco, escudriñó el Archivo y desempolvó legajos, para servirse de ellos honrada y hábilmente, por lo cual sus escritos resultaban, como digo, tan eruditos y acabados.

Por otra parte, su buena amistad con Hilario Peñasco, excelente escritor madrileño y a la sazón Concejal, determinó la asidua colaboración de ambos, protegida por el Alcalde, D. José Abascal.

Las calles de Madrid e *Historia del Palacio Real* son las principales obras que los dos autores escribieron, y que constituyen un verdadero tesoro, digno de conservarse.

Ni uno ni otro fueron fecundos, sin duda porque en la soledad de la Biblioteca pensaron mucho sus libros antes de darlos a la imprenta.

El primero de los que he citado, *Las calles de Madrid*, publicado en 1889, es sumamente curioso e interesante, por los numerosos detalles que contiene, las citas históricas y los hechos más salientes en los que se basan el origen y la etimología de todas las calles de Madrid, deshaciendo los errores y las fantasías contenidas en el libro de la misma índole, de Antonio Capmaní, aparecido en el año 1863, y siendo superior y preferido a éste, no sólo por la aportación de noticias y tradiciones, sino por el estudio, la erudición y prestigio de sus autores.

Es un libro que a la par instruye y deleita a quien lo lee, sirviendo también como fuente de consulta a los investigadores.

Son varios los escritores que basándose en esta obra han continuado la nomenclatura de las calles madrileñas; entre ellos, Pedro de Répide, que lo hizo, sin llegar a completarla, en las columnas de *La Libertad*; Tomás Arias, vanamente, en unos cuantos cuadernos ilustrados, puestos a la venta en 1944, y Víctor Ruiz Albéniz, que actualmente se ocupa alguna vez de ello en el diario *Informaciones*.

Ya he dicho que por sus propios merecimientos, Cambro-

nero alcanzó el honor de dirigir oficialmente la Biblioteca Municipal. Y es oportuno ahora, como anillo al dedo, deshacer un lamentable error que anda en letras de molde atribuyendo al Alcalde Conde de Heredia Spínola la creación de la Biblioteca. Ello no es verdad. Lo que ocurrió durante la actuación de dicho prócer fué que aquélla se separó del Archivo. La Biblioteca data del tiempo de Carlos III, cuando Sabatini construyó la Puerta de Alcalá. Fué creada en 1778, durante el corregimiento de Armona, por decreto del Consejo de Castilla, e instalada primeramente, con carácter privado, en el mismo edificio consistorial de la plaza de la Villa, hasta que en tiempo de Mesonero Romanos, acrecentada ya con numerosos volúmenes, regalados por por éste, y presidiendo la Alcaldía D. José Abascal, se trasladó a la Casa Panadería, en la Plaza Mayor, corriendo el año 1887.

Antes, entre 1860 y 76, durante la gestión del Duque de Sesto como Alcalde de Madrid, Mesonero Romanos había ido cediendo no pocos libros, como he dicho, por parte de los cuales se le abonaron, contra su voluntad, 15.000 pesetas.

Era todavía la Biblioteca una Sección independiente, cerrada al público, pero enriquecida aún más con las donaciones oficiales y particulares.

A partir de esta época, Cambronero puso todos sus esfuerzos en el florecimiento de la Biblioteca, derrochando de continuo su erudición, con la misma tenacidad que en todo cuanto intervenía, ayudado en su tarea por Ricardo Fuente, que era un buen bibliófilo, y acariciando ya ambos la idea de crear la Hemeroteca, en vista de los muchos periódicos y revistas que allí se recibían.

Entre los dos reorganizaron el Archivo Musical, tan rico en partituras y tonadillas; dispusieron y catalogaron convenientemente los manuscritos de obras teatrales, y ordenaron las demás Secciones, contribuyendo así al enaltecimiento de esa institución municipal.

En 1898, por iniciativa de D. Francisco Ruano, entonces Secretario del Ayuntamiento que regía el Conde de Romanones, la Biblioteca, abierta ya al público, pasó a ocupar uno de los

pisos de la Escuela Modelo, situada en la plaza del Dos de Mayo.

Al morir Cambronero, en 1913, le sustituyó en la Dirección de la Biblioteca Ricardo Fuente, quien prosiguió la labor de su antecesor, siendo trasladada aquélla, una vez más, al antiguo edificio del Hospicio (hoy Museo Municipal), en la calle de Fuencarral, donde a Ricardo Fuente, fallecido en 1925, le sucedió el inspirado y célebre poeta Manuel Machado, hasta su muerte, acaecida en 1947.

Vemos, pues, cómo el estudio y la laboriosidad fueron los principales motivos de la fama de Cambronero, no pudiendo apartarle de aquéllos, según me dicen sus hijos, las tentadoras proposiciones para dirigir la revista *Madrid*, fundada por don Alberto Aguilera, así como el *Heraldo*, el popular diario de la noche, por grave enfermedad de Abascal.

Justo es mencionar que el Ayuntamiento, al que prestó sus servicios y su valía, no se olvidó de sus méritos, ni tampoco de los de su colaborador Hilario Peñasco, y por gratitud dió sus nombres, respectivamente, a la plaza que se formó entre las calles del Pez y Molino de Viento, y a la antigua calle del Carbón, comprendida entre las de Jacometrezo y Desengaño, desaparecida con motivo del trazado de la Gran Vía (hoy avenida de José Antonio).

Y nada más, ya que estoy restando tiempo a una ilustre personalidad que, con más acierto y elocuentemente, ha de poner de relieve las cualidades que distinguieron a Cambronero, toda vez que con mis modestas palabras creo haber demostrado mi admiración y mi simpatía por quien cimentó su prestigio en el estudio y la laboriosidad, sabiendo honrar a Madrid de modo tan fehaciente y con la vitalidad de su inteligencia.

pisos de la Escala de la Plaza del Dos de Mayo, con la oficina de la Dirección Municipal de la Biblioteca, quien prestó la labor de su anterior, siendo trasladada aquella, una vez más, al antiguo edificio del Hospital (hoy Museo Municipal), en la calle de Fuencarral, donde a Ricardo Fuentes, fallecido en 1935, le sucedió el insigne y celebre poeta Manuel Machado, hasta su muerte ocurrida en 1937. En 1937, como ya hemos indicado, fueron los principales motivos de la fama de Gambonero, no pudiendo apartarse de aquellos, según me dicen sus hijas, las tentadoras proposiciones para dirigir la revista "Módulo", fundada por don Alberto Aguilera, así como el "Wálida", el popular diario de la noche, por grave enfermedad de Abascal.

Justo es mencionar que el Ayuntamiento, al que presto sus servicios y su valiosa colaboración de sus nietos, ni tampoco los de su colaborador Hilario Ferrazco, y por gratitud dio sus nombres, respectivamente, a la plaza que se formó entre las calles del Pozo y Molino de Viento y a la antigua calle del Canchón, comprendida entre las de Jacometrezo y Descargadero, desaparecida con motivo del trazado de la Gran Vía (hoy avenida de José Antonio).

Y nada más, ya que estoy restándole tiempo a una ilustre personalidad que, con más acierto y eloquentemente, ha de poner de relieve las cualidades que distinguieron a Gambonero, toda vez que con mis modestas palabras creo haber demostrado mi admiración y mi simpatía por quien cimiento su prestigio en el estudio y la laboriosidad, sabiendo honrar a Madrid de modo tan fehaciente y con la vitalidad de su inteligencia.

Un perfil de Cambronero

Por el excelentísimo señor D. ARMANDO COTARELO VALLEDOR, de la Real Academia Española.

Me desconocería a mí mismo si no sintiere recudir en mi alma la grata y honda emoción de este homenaje a la memoria de D. Carlos Cambronero. Gran amigo de mis padres, tuve amplia oportunidad de conocerle y de tratarle, y, por tanto, de admirarle y de quererle, que todo era uno con respecto a aquel varón excelente. Y él, tan sencillo como bondadoso, saltando por los treinta y tantos años que nos alejaban, condescendió en acercarse a mí, escolarcillo insulso, y honrarme con cariño bien probado. La vida, primero, y después la muerte, se pusieron entre nosotros; pero no quiso olvidarme cuando me fuí lejos, y para mí desempolvó su lira, trovando en loor de mi primer libro una epístola que guardo como el oro. La muerte santificó su memoria, que nada pudo ni podrá desalojar de mi pecho; antes crece cada día y se robustece la veneración que le consagro.

Así, pues, con sólo volver la llave del recuerdo, podría hablaros de él largamente, si no en la elevada forma que merece, con la verdad de los testigos presenciales. Mas no del Cambronero juvenil y bullicioso, del Cambronero estudiante y periodista, poeta festivo y actor aficionado, anterior a mis días, sino del Cambronero de la madurez lograda, del Cambronero historiador, bibliógrafo, erudito; del Cambronero bibliotecario, en fin, de esa magnífica Biblioteca Municipal, que tanto le debe. El solo,

sin ayuda apenas, y en el veloz transcurrir de un par de lustros, la organizó, la triplicó, la catalogó, la recrió a sus pechos, enriqueciéndola con más de seis mil obras dramáticas y más de tres mil piezas musicales, desconocidas y abandonadas, entre las que descuellan las dos mil preciosas tonadillas que fueron una revelación para nuestro evo. Aquella Biblioteca, que era carne de su carne, a la que no faltó un solo día en tantos años, donde se gratulaba en servir por sí mismo a los lectores, allanando sus dudas, orientándolos con su saber y su prudencia y procurando siempre acrecentar su número, «cultivar la clientela», como decía, con todo el celoso afán del mercader más ambicioso.

Allí iba yo a recogerle, al caer de las tardes vernaes, en el caserón de la plaza del Dos de Mayo que la Biblioteca compartía con una escuela de niños, y de allí él, respetable, encanecido, sabio y ya famoso, y yo bachilleruelo semipueblerino, salíamos juntos a deambular por Madrid en desparejada compañía, que sólo su heroica mansedumbre pudo hallar soportable. ¿Adónde? Adondequiera. La erudición mantuana de D. Carlos era máxima, y no había calle ni plaza en la Corte, ni casi en ellas vivienda alguna, de la cual no pudiese referir su historia, anécdota o detalle.

«Al balcón enrejado de este bajo traían a Narciso Serra, ya tullido, para que se distrajese viendo los pasantes, y él dialogaba desde allí con la pareja de Orden público, los desaparecidos «guindillas», guñolesca estampa en el género chico. En aquella taberna de la esquina solía recalar, *in tempesta noctis*, Pelayo del Castillo, el gran bohemio, y aun cree el tabernero que en una de sus mesas escribió el famoso diálogo entre Don Tadeo y Don Cucufate de su popular sainete *El que nació para ochavo no puede llegar a cuarto*. Por esta escalera subió algunas veces Amadeo, de incógnito, hasta que una tarde la vecina del segundo le tocó la Marcha Real al piano, ahuyentándole definitivamente con la sonoridad de sus bajos... ¿Qué sería con el Himno de Riego?»

Así salpimentaba aquellos paseos inolvidables, entreverando también efemérides y reflexiones de mayor enjundia y conse-

cuencia. A la memoria acude hoy la evocación hecha ante la en mal hora demolida Platería de Martínez, refiriendo cómo esta gala de la industria madrileña se hubo de evaporar en música. Doña Julia Martínez, acaudalada hija del sonado platero, cantante razonable y apasionadísima melómana, y el bondadoso coronel Cabrero, su marido, enamorado de todos los artistas, arrendaron los talleres a Ramírez de Arellano, bien pronto orfebre ilustre, para consagrarse ellos a sus hebdomadarias reuniones, concurridas por la flor del Romanticismo, y en que se rendía culto a las musas, y en especial a Euterpe. Reveláronse allí los talentos de la hija, Paulina Cabrero, una de las pocas mujeres compositoras de música que hasta hoy produjo España. Niña precoz la extraordinaria Paulina, a las once años publicaba cantilenas escritas sobre versos de Romero Larrañaga, y a los diecisiete dirigía ante la Reina Gobernadora y sus augustas hijas un *Stabat Mater* por ella compuesto e instrumentado. Don Carlos la conoció más tarde, claro es, bien casada y siempre filarmónica.

Tomó aquel día el relato a lo humorístico, que manejaba con cautivante donosura, y resultó tan ameno y tan jugoso, que hube de deprecarle: «Don Carlos, vámonos a casa, escriba usted eso mismo que acaba de decirme, así como lo ha dicho, y tendrá usted uno de sus mejores artículos (todavía no se los llamaba «ensayos»).» No quiso conceder con mi súplica en aquel entonces, como sí concedió otras veces, tales *La torrecilla* y *La mancha de sangre*, que todos conocen por haberse impreso en la *Revista Contemporánea*, tal y como fueron improvisados para mí sobre las calles madrileñas.

¡Y cómo lo decía! Las personas parpadeaban, y las cosas eran de bulto, y a poco que la cháchara corriera, llegaba uno a imaginarse actor de lo mismo que estaba escuchando. Sin que faltasen los gracejos de la comicidad, a que propendía fácil, con frecuentes chispas de ingenio y hasta casuales bocadillos cáusticos: la sal y pimienta de la cocina española. Conversador maravilloso, le era factible conversar de todo. Había acertado a vivir observando la vida, que equivale a vivir mucho; era de los que escuchan y de los que sienten; deleitábanle las artes y las letras, y

continuadas lecturas, en que era infatigable, le granjearon cultura vastísima, afianzada en retentiva marmórea, con lo que vino a gozar de un mundo interior amplísimo, señoreado por su inteligencia prócer. Todos lo reconocían; sólo él, más allá de la modestia, no se había enterado. Cuando quisieron llevarle a la Academia de la Historia, se quedó absorto, y rogó a los amigos que desistieran. No vuelvo de mi «apoteosis», me escribía en una postal por este tiempo.

Y su saber era mesa franca. Datos, noticias, referencias, fluían de su labio y de su manos para cuantos acudían a demandarlos, y yo le vi, no pocas veces, emprender fatigosas búsquedas para colmar la curiosidad de un amigo, y remitir una y otra verdaderas Memorias, escritas de su clara letra, austera como su vida, recta como su corazón, limpia como su conciencia, a quienes tal vez no supieron estimarlas. No le importaba. Lo hacía así por el placer de hacerlo, por alta hegemonía moral, por aristocracia de espíritu, el bien por el bien, como la caridad de los santos, pagándose a sí mismo al imaginar en lo interno el placer propincuo de los destinatarios. Cambronero descubrió el retrato de D. Ramón de la Cruz. No puedo olvidar el gozo con que corrió a mi casa a traer la buena nueva a mi padre, que entonces terminaba un libro sobre el ilustre sainetista. Su alegría era de tal forma transparente, que la criada que abrió la puerta dijo a mi madre:

—Es don Carlos, señora; viene muy contento — y pues eran Pascuas de Navidades, añadió en seguida —: Lo cual, que «pué» que le «haiga tocao» el gordo.

Y como hablaba escribía, y como sus relatos son sus libros: amenos en estilo, sencillos de forma, ricos de doctrina y con honda erudición, pudorosamente disimulada. *Las calles de Madrid*, clásico en la bibliografía madrileña; *Isabel II, íntima*, modelo de dignidad histórica; *El Rey intruso*, *Sainetes inéditos de Don Ramón de la Cruz*, de quien fué amicísimo; los preciosos *Catálogos* de la Biblioteca Municipal, tan útiles como saqueados, sin contar el magno acervo de artículos poligráficos estampados en muchos periódicos y en las revistas *Madrid Lite-*

vario, España Moderna, Revista Contemporánea y Nuestro Tiempo.

Como todos los hombres del suyo, D. Carlos sentía mucho el teatro. Dentro del teatro y alrededor del teatro corrieron largas horas de su juventud hervorosa. Conocía y trataba a los autores dramáticos supervivientes de la Edad Romántica, y a no pocos músicos que fueron columnas de la inolvidable zarzuela grande. Había visto en las tablas toda la brillante pléyade histriónica de los días isabelinos, y de todo atesoraba anécdotas, lances y chascarrillos. Los nombres de García Luna — póstumo eco de la gran Rita —, Lombía, Latorre, Delgado, Valero, Mariano Fernández, sonaban en sus labios cada hora. Arjona — insigne en el difraz escénico y titán de la constancia con que pudo vencer la mezquindad de su figura —, Fernando Osorio, Manuel Catalina...

Lo mismo de las actrices. Concepción Rodríguez, la Vistosa, Jerónima Llorente, progenitora de Balbina Valverde en la farándula; Juanita Pérez, la chispeante; Cándida Dardalla, Pepita Hijosa, Luisa Calderón, Loreto Prado, y tantas otras.

— En aquel entresuelo estuve hace muchos años con varios amigos para visitar a la simpatiquísima Pepita Palma, mujer encantadora y actriz eminente, aunque salió poco de la penumbra de segunda dama. Ibamos a invitarla a una función de aficionados en un teatrillo que teníamos en la calle de las Urosas. Y Pepita fué y declamó unos versos magistralmente, mucho mejor que en el Príncipe, y le hicimos una ovación de escándalo, y a ella se le saltaron las lágrimas. Murmurábase que voluntariamente constreñía los recursos de su arte, actuando con sordina, para no deslucir a su marido, Florencio Romea, tristemente aleccionada con el fracaso conyugal de sus cuñados.

— Mire usted aquel tercero. Modestito, ¿verdad? Pues es una pagoda, una pagoda que guarda un ídolo roto. En él vive Teodora Lamadrid, cuyo nombre llenó una época. ¿Qué será de su marido, el ventolero Basilio Basili? Mal cantante italiano, era gran músico, gran director de orquesta y gran maestro. Compositor de mérito, adivinó como muy pocos el espíritu de nuestros

cantos populares. Quedóse en España, bregó con la fortuna, se casó con Teodora, y cuando la reputación y el bienestar comenzaban a mimarle, un día, sin causa ni motivo, lo abandonó todo — mujer, hijos, buena fama — y se fué por el mundo no se sabe adónde.

Don Carlos se quedó recogido en sí mismo.

—Después..., ya se ve...: bajel sin nauta...

Y con voz quebrada por la condolencia me relató un drama sentimental, más atroz por ser secreto, drama ilógico, agazapado en el revés de la carátula.

—Artista insigne, mujer desventurada — balbucía —. Está casi ciega; no es extraño... Créame usted, amigo mío: más, muchas más que las contrahechas en la escena, son las lágrimas verdaderas derramadas por Teodora en esa casa.

Y ahogó un sollozo. Aquel hombre de bien sufría en su corazón evocando la desventura ajena. ¡Querido D. Carlos! Si aquí, como en todo, no basta ser bueno, sino que cumple saber serlo, él poseyó como pocos esta ciencia sublime, y por poseerla supo coronarla, como flor de un pensil angélico, con la excelsa presea de su carácter. Cambronero era siempre igual y siempre estaba alegre. Claro que el vivir le había trabajado, que bebió en el cáliz del amargor y el sufrimiento, y que para él, como para todos, destilaron los días esa escoria letal que llamamos desengaño. Pero lo celaba y lo escondía; lo negro, lo esquinoso, para sí solo; para los demás, lo muelle y lo rosado. Y si por azar se resquebrajaba la corteza — era hombre — y el oculto torcedor amenazaba aflorar, a él mismo le disonaba como una pifia, y veloz acudía al remedio, como quien corrige una errata. Y errata hubiera sido ciertamente, en la habitual serenidad de su rostro plácido, en el cabrilleo de sus ojuelos parladores, que parecían ungir de amor lo que miraban, y en la flexión movible de sus labios, siempre dóciles a la sonrisa, aquella sonrisa suya acariciadora, tierna, comprensiva, eficaz, tolerante, contagiosa...

Sólo una vez le vi enojado, y por mi causa. Hablaba a la ocasión de Julián Romea, «D. Julián el Grande», trillado *leitmotiv* en sus charlas teatrales, porque le había frecuentado

mucho en la doble calidad de actor y de poeta, y de veras le admiraba, y con visible deleitación iba desgranando el sartal de sus merecimientos y alabanzas.

—¿Y ella?—le interrumpí—. ¿La *Perla*, Matilde Díez, su esposa? ¿Usted la habrá aplaudido?

—Sí—respondió—, muchas veces. ¡La Matilde!... —una luz beatífica resplandecía en sus ojos—. *Borrascas del corazón, La trenza de sus cabellos, La jura en Santa Gadea, La espada de San Fernando, Bandera negra, Por derecho de conquista, La rueda de la fortuna, Batalla de damas*—balbucía—. Yo la vi electrizar al público sólo con mirarlo; yo la vi adueñarse de la emoción colectiva y regularla a su albedrío; yo la vi hacer llorar a todos en el drama, suspirar en la comedia y deportarse hasta la hilaridad en el sainete.

—Asombroso; y diga usted: ¿qué es lo que hacía mejor de todo ello?

Fué un escopetazo. Instantáneamente se nubló su rostro; una arruga insólita, absurda, incongruente, frunció sus cejas, y profirió con voz de otro, sin mirarme:

—¡Matilde Díez lo hacía mejor todo!

Pero D. Carlos era D. Carlos, y al minuto el arco iris de la sonrisa rielaba sobre el final de la tormenta.

Bien hayan los varones exquisitos, faros de las gentes, dechados de la posteridad, que como Carlos Cambronero reclaman de justicia estas calificaciones eucológicas: sabio, altruísta, caballero, bueno, bueno, bueno.

mucho en la doble calidad de actor y de poeta, y de veras le admiraba, y con visible delección iba desgranando el serial de sus méritos y virtudes y alabanzas.

—Y él, —le interrumpió—, ¡La Peña, Matilde Díez, su esposa! Usted la habrá aplaudido.

—Sí —respondió—, muchas veces. ¡La Matilde!... una luz beatífica resplandecía en sus ojos—. Borrasca del corazón, la traza de sus cabellos, la faja en Santa Cruz, la espada de San Fernando, Bandera negra, Por derecho de conquista, la rueda de la fortuna, Batalla de danzas, balanzas... Yo la vi electrizar al público sólo con mirarlo; yo la vi ahucarse de la emoción colectiva y regularla a su albedrío; yo la vi hacer llorar a todos en el drama, suspirar en la comedia y deportarse hasta la hilaridad en el sainete.

Asombrado, y diga usted: ¿qué es lo que hacía mejor de todo ello?

Fue un escopetazo. Instantáneamente se nubló su rostro; una argus insólita, absurda, incongruente, trunció sus cejas y profirió con voz de otro, sin mirarle:

—Matilde Díez lo hacía mejor todo.

Pero D. Carlos era D. Carlos, y al minuto el arco iris de la sonrisa se cuela sobre el final de la tormenta.

Bien hay en los varones exquisitos, faros de las gentes, de los dos de la posteridad, que como Carlos Camproneo rechaman de justicia estas calificaciones eucológicas: sabio, altruista, cabaleroso, bueno, bueno, bueno.

Expresión de gratitud

Por el hijo del insigne Cronista, ilustrísimo señor D. LUIS CAMBRONERO, Antigüedad de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, de Málaga.

Ante el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid y la Real Sociedad Económica Matritense, conmemorando el centenario del nacimiento del Cronista Carlos Cambronero.

Egregio Ayuntamiento madrileño, honor de Ayuntamientos españoles: es natural que si te sientes dueño de esta ciudad, con elación tremoles, bajo la enseña nacional, tu escudo, formado por artístico diseño, que nadie esclarecer su origen pudo.

Dejemos al dragón, por lo notorio de su principio histórico ilusorio; mas no al oso rampante, que debió descender de la montaña donde empezó la verdadera España, cuando Pelayo, el luchador triunfante, promete hacerse rey, y no se engaña...

Y de allí, desde Asturias, viene el oso, que con Pelayo ataca al agareno, para marcar el punto del terreno, donde Madrid se emplazará grandioso...

La fundación de todas las ciudades
es algo incomprensible, misterioso:
cómo en el Palatino surge Roma,
que aquellas remotísimas edades
borran su origen, donde sólo asoma
la loba que a dos hombres amamanta:
Rómulo y Remo, de los cuales toma
su nombre la ciudad, que luego es santa.

A Méjico también le marca un ave
que descende a picar a una serpiente
sobre un pantano, el sitio, exactamente,
que tendrá la ciudad; pero ¿quién sabe
por qué descende el águila altanera
sobre el ofidio aquel?... ¡Nadie lo intente!
Porque la Historia tiene su frontera,
que al sabio atravesarla no consiente...

¡Cómo surge Lutecia! En reducido
islote, que, en el Sena caudaloso,
un pescador viril ha decidido
habitar con su prole, soledoso.

Pero Madrid no tiene similares,
porque es su fundación inexplicada,
sobre una loma, de otras rodeada,
cuya aridez no alivia el Manzanares.

El plantígrado aquel y el madroñero
donde se apoya hambriento como fiero,
son en su escudo pruebas evidentes
del ánimo tenaz del pueblo ibero...

Encuentra en la meseta castellana
el oso un madroñal, que le abre gana
de aclimatarse allí, y allí se queda;
pues lo que el ser viviente se proponga,
aun siendo irracional, no hay quien lo pueda
impedir, si es audaz como Pelayo,
que descende también de Covadonga
triunfando, porque lucha sin desmayo.

Egregio Ayuntamiento madrileño:
permíteme soñar, si esto es un sueño,
sobre el origen de Madrid bendito,
al que mi padre consagró su empeño
como investigador, como erudito;
pues siendo de Madrid, por él delira,
y aunque de joven le inspirara Apolo,
presto abandona el arte de la lira,
y a historiar a Madrid se entrega sólo.

En este Ayuntamiento venerando
pasó la vida entera, entre papeles,
que a su vez le atraían, estudiando
toda la historia de la ilustre Villa:
todas sus desventuras, sus laureles,
lo mismo cuando el árabe la humilla,
que cuando Alfonso vence a los infieles;
aunque aquéllos, con fieros arrebatos,
defendían su plaza de Castilla,
que asaltan los rumíes como gatos,
y en la Historia aquel rey por eso brilla.

Logra España supremo poderío,
imponiendo el respeto más profundo,
porque el Monarca ostenta todo el brío
de Felipe Segundo;
y entonces, a esta plaza castellana,
el Rey la hace su Corte soberana,
para que sea admiración del Mundo,
y no lo olvide ya la Historia humana...

Egregio Ayuntamiento castellano,
el más grande de España, que ejercía,
con su idioma y su fe, la hegemonía
por todo el continente americano...

Egregio Ayuntamiento esclarecido:
si mi progenitor te veneraba,
esa veneración, en él, no acaba,
que la he heredado yo, por bien nacido.

Hamlet nos da el ejemplo edificante
de amor filial al padre descuidado
de su torpe conciencia;
y esa ejemplar leyenda es lo bastante
para que el mío sea venerado,
viendo que consagraba su existencia,
con el más virtuoso entendimiento,
a su fe religiosa, desvelado
tan sólo por Madrid, y en consecuencia,
era su amor para este Ayuntamiento...

A él se dirige mi alma agradecida,
con toda reverencia,
porque ha rememorado el nacimiento
de aquella vida que engendró mi vida,
causándome alegría y sentimiento...

Egregio Ayuntamiento: en este día,
ante tu Alcalde Presidente humillo
mi frente con devota cortesía
y eterna gratitud, que me ha inspirado
ver honrar a mi padre con tal brillo...

¡Bien secundáis al Jefe del Estado,
enalteciendo al hombre reputado,
que es el augusto ejemplo del Caudillo!...

.....
Y tú, Real Sociedad, en cuya historia
logras llegar a la mayor altura
de autoridad social, suprema gloria
de la entidad que por su honor procura.

Honor individual y colectivo;
honor que atravesando las edades,
en vez de decaer, se yergue altivo;
honor social, que como luz fulgura,
iluminando la obra ciudadana
de engrandecer al pueblo que la integra,
por cuya elevación tanto se afana,
cuya prosperidad tanto le alegra.

Sociedad Económica, alabada
por tu obra cultural y matritense:
permite al alma mía, enamorada
de tu misión, que diga cuanto piense.

Real Sociedad porque es un Rey preclaro
su fundador, y porque España hoy día
real se manifestó, sin un reparo,
en plebiscito libre, que debía
determinar su régimen, y es claro:
si el régimen es real, todo organismo
que labore y esté bajo su amparo,
debe tener ese concepto mismo...

¡Real Sociedad, cuán grande y generosa
tu misión secular y persistente,
con la labor patriótica y gloriosa,
que supiste llegar hasta el presentel...

Labor social, cuya virtud ha sido
la de que con ninguna se confunda,
pues sólo el bien común has perseguido,
que en beneficio nacional redunda.

Si allá, en el otro mundo, les es dado
a las almas mirar lo de este suelo,
verá mi padre cómo es ensalzado
en el momento actual...; y ¡qué consuelo
que Madrid, el Madrid de sus amores,
de su ilusión histórica, su anhelo,
tribute a su memoria los honores
que él ha de ver gozoso desde el cielol!

Yo, joven escolar, en ocasiones,
le ayudaba a copiar viejos papeles
y a leer lentamente los renglones,
mientras él anotaba correcciones,
para dar a la estampa escritos fieles.

¡Cuánto me encorcoraba esa tarea!
—para mí innecesaria—. ¡Qué tormento

copiar de cabo a rabo un documento tan pesado, que a nadie le recrea!

Eso pensaba yo cuando copiaba lo que a mi padre tanto interesaba, sin que me diera cuenta de la idea que su amor matritense le inspiraba.

Después, cuando sus obras he leído, con devoción filial y literaria, cuando mi padre había fallecido, ya vi que la labor innecesaria, que yo creí, se había convertido en obra de riqueza extraordinaria.

Y el fárrago de fechas y de datos, que a mí me parecían tan ingratos, él, en sus fastos, los distribuía con toda maestría, para ofrecernos deleitantes ratos.

¡El interés histórico!... ¿Qué existe de mayor interés en esta vida, que saber la actuación gozosa o triste de un general, de un rey, de un gobernante? que muere enaltecido, o se suicida por su torpe vivir?... Esto es sobrante para que la lectura preferida sea la Historia; que ella nos instruye del mal y el bien, como en aquel destello de la santa Isabel, Reina de Hungría, cuya piedad benéfica concluye por seducirnos con su ejemplo bello, que la eleva a divina jerarquía.

Acopiando mi padre antecedentes para su libro de *Isabel Segunda*, unos amigos, algo improcedentes, se le acercaron a decir: «Don Carlos, usted, que en la verdad tanto se funda,

hará de aquella Reina bien patentes
sus ligerezas...» Y él, al escucharlos,
sintió la indignación de tal manera,
que les repuso, con visibles bríos:

«Mi libro hará patente, amigos míos,
lo que deba de hacer; no lo que quiera
el vulgo en sus propósitos impíos;
pues aunque el vulgo paga, siendo necio,
más justo que alentar vulgaridades
es oír cuanto diga, con desprecio,
y hacerle conocer las realidades
de la cultura, a ver si al fin se llega
a sacarle de errores y ruindades...
aunque no hablara así Lope de Vega...»

Esto, que torpemente he referido,
es un caso por mí visto y oído.

Y el libro sale exento de pecado,
sin que una mínima pasión lo roce;
todo juicio moral fué depurado,
y del cielo, mi padre, acaso goce,
porque era historiador inmaculado,
y Dios esa virtud la reconoce...

Lo escribió con amor, como el que sueña
realizar un deber inexcusable,
pues ve a Isabel Segunda venerable,
por noble, desdichada y madrileña.

¡Ah! Mi modesto padre no vivía
más que para estudiar en los Archivos,
despreciando los bienes que veía
gozar a los que muchos llaman *vivos*...

El, recoleto, en su trabajo santo
de investigar, sentía regocijo,
y le daba a copiar cosas al hijo,
que en aquel tiempo ¡le aburrían tanto!

Pero hoy el hijo, menos ignorante
que hace media centuria, se confiesa

ante esa Presidencia, a quien profesa
toda su admiración, que es lo bastante
para acogerle bien, con la promesa
de que no ha de olvidarla en adelante.

Real Sociedad, hispánico organismo,
que supo mantenerse cual ninguno,
pese a la acción de todo transformismo,
lo que demuestra Fe, Valor, Civismo,
cuyas tres facultades de consuno
integran la virtud del Patriotismo.

Y a todos los poetas y escritores,
que honráis de tal manera mi apellido,
¿qué puedo yo deciros conmovido
más que Dios premiará vuestros favores?

Vuelvo a mirar con ojos de poeta
hacia el Ayuntamiento,
que nos ofrece la mansión completa
para solemnizar este momento.

Y entre tapices de la historia hispana,
vemos surgir las épocas felices
de aquella España inmensa, soberana,
tejida por el arte en los tapices.

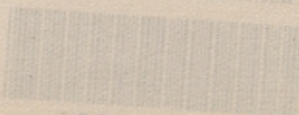
Ante ella y ante todos me prosterno
con suma gratitud y reverencia,
que exterioriza aquí mi fuero interno
a tan culta y excelsa Presidencia.

El ilustrísimo señor **D. Tomás Gistau Mazzantini**, Teniente de Alcalde y Presidente de la Comisión de Cultura, hizo el resumen del acto en breves y elocuentes frases, dedicando merecidos elogios a la labor realizada por D. Carlos Cambronero y asociándose, en nombre del excelentísimo señor Alcalde y de la Corporación municipal de Madrid, al homenaje que se le había tributado con motivo del primer centenario de su nacimiento.

El ilustrísimo señor D. Tomás Gistau Massanet, Teniente de Alcalde y Presidente de la Comisión de Cultura, hizo el resumen del acto en breves y elocuentes frases, dedicando merecidos elogios a la labor realizada por D. Carlos Capronero y asociándose, en nombre del excelentísimo señor Alcalde y de la Corporación municipal de Madrid, al homenaje que se le había tributado con motivo del primer centenario de su nacimiento.

FH 13290

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200036655

Ayuntamiento de Madrid

1200036655

I.O.

Ayuntamiento de Madrid

J.D. 1200036655

FM 13290

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200036655

Ayuntamiento de Madrid